

# La Moneda y su Poder Adquisitivo

*(Conferencia del Profesor Baudin, en el Instituto Riva-Agüero).*

Los problemas más elementales son frecuentemente, en la economía política, los más difíciles de resolver. Hablamos constantemente de la renta, del capital, del socialismo, como si supiéramos exactamente lo que significan estas palabras. Por poco que reflexionemos, tendríamos que constatar que cada uno las interpreta a su manera. Las palabras poder adquisitivo son tan frecuentemente empleadas como diferentemente entendidas. El público en general considera que son sinónimas de la palabra moneda. Esta opinión se hallaba bien concretada en una película de carácter económico, cosa curiosa, que fué exhibida en París, en 1938, por uno de mis colegas inglés. Se veía aparecer en la pantalla un camino en forma de elipse. A lo largo de este camino se sucedían una casita arriba y a la izquierda, una fábrica arriba y a la derecha, un almacén abajo. El sol surgía en la parte alta de la pantalla, un obrero salía de la casa, seguía el camino y entraba a la fábrica de cuya chimenea salía humo; poco después una mercadería salía de la fábrica, recorría el mismo camino y llegaba al almacén. Del almacén salía una moneda que seguía el camino en sentido opuesto hasta la fábrica para pagar el valor de la mercadería. El sol desaparecía entonces y el obrero salía de la fábrica para volver a su casa, llevando en la mano la moneda, su salario. Al llegar a su casa, la entregaba a su esposa, la que, por el otro lado de la elipse, se dirigía al almacén donde dejaba la moneda y volvía a su hogar con la mercadería fabricada por su esposo. Luego se aceleraba el movimiento, pero siendo siempre doble y en sentido inverso: el circuito de los bienes correspondiendo exactamente al de la moneda. Tal es el concepto simplista que describía esta película.

Pasemos a una categoría de personas más cultas: el estudiante. Estamos en exámenes. Un candidato de mediana capacidad llega ante mí y le pregunto: "Señor, ¿qué es la moneda? 9 veces sobre 10, sin reflexionar, contesta: es un medio de cambio. Pregunto, entonces: ¿cuáles son las funciones de la moneda?, el alumno, feliz, recuerda la página del Manual que ha aprendido

de memoria y repite: la moneda es medida de valor, instrumento de cambio, reserva de valor. Muy bien, digo, ¿entonces por qué usted ha definido a la moneda mencionando solamente una de sus funciones? El alumno se siente incómodo y comienza a maldecir de la suerte, puesto que la moneda no tiene buena reputación entre los estudiantes: no se puede latear cuando se habla de ella; y contesta: debí, efectivamente, definirla indicando sus tres funciones. Le digo, entonces: hay un autor suizo, Shörer, que ha escrito un tratado muy completo sobre las funciones monetarias y enumera a seis de éstas: entonces me va usted a dar una definición kilométrica de la moneda, que ocupará cinco o seis renglones. ¿Le satisface esto? Fastidiado, el alumno contesta que nó. Visiblemente del que no está satisfecho es del examinador. Entonces para ayudarlo le digo: una definición correcta es esencial y no funcional; no le pregunto lo que hace la moneda, sinó lo que es. Admito el rodeo de la función cuando la esencia no puede discernirse. El estudiante se recuerda a veces de las teorías de Wieser y de Aftalión y contesta: la moneda es un poder de compra. ¿Qué es un poder de compra?, pregunto entonces. Y responde: es un objeto que permite procurarse otro objeto. Muy bien, digo; por ejemplo, bajo la ocupación usted procedía frecuentemente al trueque y un día usted ha entregado cigarrillos para obtener un manual de economía política o tal vez inversamente. En este último caso ¿tanto el manual como los cigarrillos eran moneda? evidentemente que no; esto sería contrario a la terminología corriente. El estudiante sutil dice entonces, la esencia de la moneda es su valor, y es por eso que se distingue del poder de compra. Lo felicito y examinamos luego como esta observación puede encaminarnos a una solución. Es lo que vamos a hacer ahora, buscando, al principio, cuál es la esencia de la moneda y cuál es la del poder de compra; y luego veremos cómo debemos apreciar las políticas llamadas del poder adquisitivo.

## I

Examinemos rápidamente las cuatro grandes teorías monetarias, que son fundamentales:

1º *El Metalismo*.—Esta teoría, que hace del metal el fundamento del valor monetario, y que tiene por precursores a Bartolo y Acurcio, intérpretes ellos mismos del texto del juriconsulto romano Paulo, ha encontrado hoy día en Europa opiniones que le son favorables ante los que desean evitar la inflación. Este piadoso deseo es respetable, pero al público le importa muy poco el encaje metálico. En plena época de baja monetaria, entre 1940 y 1946, se ha visto a muchos franceses conservar billetes de cinco mil francos. Cuando se procedió al canje de los billetes, hace poco, en Francia, se llevaron a las ventanillas de los recibidores, paquetes de billetes malogrados por la humedad: son los que se habían escondido en cofres bajo el suelo. Su valor, para los

poseedores de estos billetes, no tenía nada que ver con un metal precioso que jamás vieron circular. La "bonitas intrínseca" es un fantasma.

2º *El Estatismo.*—Bien podía haberse dejado de mencionar esta teoría simplista; si no lo hacemos es por respeto a los juristas, puesto que ella constituye la teoría jurídica por excelencia. El valor lo fija el Príncipe. Después de la "bonitas intrínseca" viene el "valor impositus". En Francia, la resumimos por la fórmula: "franco igual franco". Este concepto ha producido desastres que todos conocen, ya que, en caso de depreciación monetaria, dá lugar a una expropiación sin indemnización. El propietario que, en 1914, entregó al firmarse un contrato de arriendo, cuatro vacas avaluadas en moneda, solo recibirá una en 1925, que valdrá en moneda lo que valían las cuatro vacas anteriores. Se comprende que esta teoría haya podido aplicarse en Estados con fuertes tradiciones "estáticas" como Alemania. Pero no puede sostenerse, ya que han circulado monedas sin ningún valor legal, como el thaler de María-Teresa en Africa, que no tenía valor en su país de origen, Austria, y aún contra la voluntad de las autoridades, como la célebre moneda de Wörgl, y puesto que algunas monedas, que llevaban el sello oficial, han sido rechazadas en pueblos enteros, como sucedió en Uruguay en 1875.

3º *El Marginalismo.*—Esta teoría parece justificar la idea según la cual la moneda es idéntica al poder adquisitivo, puesto que la considera como un crédito sobre los bienes y los servicios. Según esta teoría, el valor de la moneda es el valor de uso anticipado de estos bienes y servicios y depende de las satisfacciones que cada uno espera obtener de la última unidad adquirida. Encontramos aquí el mecanismo de los precios y la tesis parece armoniosa. Se puede, aún, ir más lejos y decir que la utilidad monetaria marginal no es igual a la utilidad marginal total del bien contra el cual se cambia la moneda; es igual a la parte diferencial de la utilidad creada por el uso de la moneda, es decir a la diferencia entre la utilidad que produce la moneda y la que produciría el trueque si no existiera la moneda.

Detengámonos ante esta observación para preguntarnos si no nos alejamos del dominio de las realidades. ¿Puede decirse que es exacto que el individuo tiene alguna idea de tal diferencia? Seguramente que nó. Pero aún, ¿es exacto, como lo supone el marginalismo el más simple y el más clásico, que el individuo evoca los bienes que se propone adquirir con la moneda que tiene en su poder? Esto sucede a veces, pero ¿acaso esto sucede siempre? Cuando los fondos poseídos se "colocan" con el fin de obtener rentas, la satisfacción que procuran los bienes que estas rentas permitirán adquirir es muy imprecisa y muy aleatoria. Y si los fondos poseídos son conservados, ¿cómo hablar de bienes y servicios, ya que estos no son tomados en consideración y que el poseedor obedece a un deseo de seguridad?

Lord Keynes contesta a estas críticas, al pretender que el individuo ejerce el derecho de escoger entre el deseo de bienes y el deseo de seguridad, es decir el deseo monetario en sí, o, dicho de otra manera, entre el deseo de compra y el deseo de liquidez (liquidity preference). El equilibrio entre las utilidades respectivas se obtiene cuando la utilidad marginal de la moneda como acreencia es igual a la utilidad marginal de la moneda como encaje. Mientras no se realiza esta igualdad, el individuo substituye en su cuadro de deseos, dosis sucesivas de bienes a dosis de moneda e inversamente.

Pero queda una crítica que haremos a estos sútiles sicólogos: ellos suponen un hombre admirablemente racional. Y esta crítica la hacemos al conjunto de los economistas actuales. Desde mucho tiempo, se han burlado de los clásicos porque basaban sus teorías sobre un "homo œconomicus" abstracto; pero, hoy día, es un hombre "super-racional" mucho más abstracto que se nos presenta. El ahorro no es siempre, como lo piensa Lord Keynes, el resultado de un cálculo sabio, de un dosaje minucioso que la mayoría de los hombres son incapaces de hacer. "El hombre masa", del que hablé en mi conferencia sobre las elites, y que constituye la gran mayoría de muchos pueblos, ahorra por oscuro instinto de previsión, por imitación, por negligencia, simplemente aún sin desearlo, pero a falta de encontrar una inversión que le convenga. Este último caso era frecuente en Francia bajo la ocupación alemana: se conservaba la moneda porque no se sabía que hacer con ella, ya que las compras estaban racionadas. Es en este hecho que el Gobierno confiaba para lograr que los franceses adquirieran valores de empréstitos a corto plazo, de acuerdo con la teoría muy conocida del circuito. Existe, por consiguiente, lo que he llamado un "excedente irracional de encaje", que no corresponde a la teoría marginalista.

De manera general, es necesario que los economistas reintegren hoy día en sus teorías al hombre irracional; he ahí, a mi parecer, uno de los fines actuales de nuestra ciencia.

4<sup>o</sup> *El Nominalismo.*—Según esta teoría, la costumbre, es la fuente del valor monetario. La esencia de la moneda es el hecho de su existencia; vive porque ha vivido. La prueba está en que puede consistir en cualquier objeto con tal que ya haya sido aceptado. Pero, ¿por qué ha sido aceptado? en su origen, porque era una mercancía, como el metal precioso, pero este origen es lejano y el poseedor de billetes no se preocupa de ninguna manera de ello. Una prueba de esto es que el florín-papel austriaco, antes pagadero en plata, quedó sin ninguna garantía cuando el Gobierno Austriaco, inquieto por la depreciación de este metal a fines del siglo último, resolvió suspender el reembolso en plata en 1879. El papel siguió, sin embargo, circulando sin perder su valor, aún cuando ya no estaba ligado a ningún metal, a ninguna moneda, a ningún bien. Los economistas lo consideraron un milagro. Era solamente un efecto de la costumbre, de la rutina. Los Austriacos utilizaron su

moneda como tenían la costumbre de hacerlo. Sin embargo hubo un milagro, y es que el Gobierno Austriaco no aprovechó la situación para producir la inflación, lo que hubiera comprometido todo.

El nominalismo nos enseña que la moneda descansa sobre el comportamiento humano, pero nada más. Prolonga al hombre, es una especie de herramienta — como lo dice tan justamente Simmel, pero ¿en qué difiere esta herramienta de las demás?, allí está su carácter específico, y llegamos al nudo de la cuestión. Esta herramienta tiene esto de particular: que es utilizada por cualquiera, a cualquier cosa, en cualquier parte, de cualquier manera: en una palabra, es indeterminada. La esencia de la moneda es su indeterminación.

Cuando, por ejemplo, la indeterminación desapareció parcialmente en Francia, durante la ocupación alemana, hemos tenido que recurrir al sistema de las "relaciones personales", cuyos inconvenientes hemos entonces conocido: las partes que actuaban en el contrato eran determinadas, no se compraba a cualquiera, era menester hallar al segundo contratante posible. Es así como las amas de casa, jamás confundieron las tarjetas de racionamiento con la moneda, ya que las primeras daban derecho a mercaderías determinadas.

Cuando adquirimos moneda es, por consiguiente, algo indeterminado lo que nos proponemos adquirir, dicho de otra manera posibilidades de escoger, y logramos, así, la propia definición de la economía política como ciencia de calidad. La moneda es una "conductora de calidad".

Lord Keynes vió con exactitud cuando habló de la preferencia para la liquidez, pero cometió el error de hacer de esta preferencia el resultado de un cálculo y ha racionalizado demasiado. El comportamiento del hombre es instintivo y, casi siempre, inconciente. Los marginalistas exageran cuando hablan de "dosis marginal": él que posee la moneda no tiene generalmente en vista esta dosis, posee en el espíritu todo lo que la moneda permite adquirir: bienes, servicios, seguridad; conserva la posibilidad de escoger y la felicidad de poder escoger es muchas veces superior al mismo goce de poseer, puesto que la posesión, como el mismo hecho de escoger, implica un renunciamiento a todo lo que no ha sido escogido.

Es por estas selecciones incesantes impuestas por la vida que el hombre crea su propia personalidad, siempre que sea capaz de tener alguna. La moneda es el agente de esta creación continua.

Ahora, podemos tratar de saber lo que es el poder adquisitivo. Cada uno sabe, por su propia y triste experiencia, que una unidad monetaria compra según los tiempos y los lugares variadas cantidades de mercaderías. Este es el primer aspecto del poder adquisitivo, pero se complica inmediatamente, puesto que se puede tanto considerar la cantidad de oro o la cantidad de ciertas monedas extranjeras que la moneda nacional es capaz de adquirir. En el primer caso, los teóricos hablan de valor interno de la moneda, en el segundo de valor externo.

Todas estas apreciaciones son aproximadas: para conocer el valor interno tendríamos que disponer de un índice de los precios relativos a todas las transacciones monetarias, es decir a las que se refieren no solamente a las mercaderías, sino también a los valores y servicios. Karl Snyders ha establecido un índice de esta clase en los Estados Unidos, pero la mayoría de los pueblos se concretan a referirse a los precios al por mayor, lo que es muy deficiente. Se debería, además, "ponderar" el índice afectando a cada categoría de transacciones un coeficiente proporcionado a la importancia de esta categoría con relación al conjunto de las transacciones.

Para simplificar, se menciona frecuentemente la "canasta de la ama de casa" que se supone está cada día llena de un número fijo de productos destinados a la subsistencia de la familia. El precio de la canasta dá una indicación del valor interno de la moneda.

La referencia al oro no es más recomendable, ya que el papel que desempeña el oro ha sido falseado desde que fué acumulado después del año 1918 en los Estados Unidos donde ha provocado una tensión de los precios establecidos en oro, una verdadera inflación de oro. Los precios mundiales no han logrado desde entonces su equilibrio.

Lo que se debe retener de estas observaciones, es que el poder adquisitivo presenta un carácter *real*, mientras que la moneda presenta un carácter *nominal*; se refiere a bienes y servicios. La prueba está en que, si un país aumenta el número de sus billetes fiscales, nadie dirá que se enriquece. Por el contrario, si un país es capaz de vender al exterior un número creciente de productos se dirá que su poder de compra aumenta y se hablará de enriquecimiento. El índice de este poder de compra nacional será el índice de la producción y, dentro del régimen individualista, el aumento del poder de compra se traducirá por una baja de los precios.

La opinión pública se detiene aquí en sus conceptos. Debemos ir más lejos: puesto que el poder adquisitivo es *real*, esta realidad debe referirse al conjunto del intercambio. Acabamos de ver que su punto de aplicación era real; su punto de origen debe serlo también. La moneda aparece de esta manera como interponiéndose entre dos realidades. El poder adquisitivo la supera, se podría decir que la encuadra, que le sirve de estuche. La moneda llena simplemente el intervalo entre la prestación y la contra-prestación; puede provenir de nada (caso de la inflación simple) e ir a la nada (caso del ahorro), el poder de compra proviene de lo real y va hacia lo real. El poder de compra tiene pues un carácter de dualidad que se opone al carácter unitario de la moneda. Y creemos poder afirmar esta dualidad porque tendremos que estudiar las "políticas" y, por consiguiente, colocarnos desde un punto de vista nacional. Un individuo que recibe un suplemento de moneda dirá, para abreviar: mi poder adquisitivo aumenta, pero en materia de política, es decir considerando el interés general, los gobernantes deben tener en cuenta el ori-

gen de este suplemento: inflación o producción; observar, por lo tanto, los diversos aspectos de la moneda.

Un economista norteamericano, poco conocido, Simpson, en una obra publicada en Chicago, en 1936, identifica el poder de compra con el intercambio. Es así como la moneda, según nosotros, es la indeterminación; el poder de compra, según Simpson, es el intercambio. La expresión es correcta, pero un poco abstracta. Digamos que la moneda es el soporte eventual y cambiante del poder adquisitivo.

Evidentemente, poder de compra no certifica la certeza de compra. Un bien es una posibilidad de compra, pero no crea necesariamente la contra-presntación que le debe servir de mercado. Tal afirmación sería la negación de las posibilidades de sobre-producción parcial generalizada, que hoy día son generalmente admitidas como base de la propia teoría de las crisis. Insistimos sobre este punto porque algunos autores han cometido errores al respecto.

Ya que conocemos el poder adquisitivo, vamos a examinar algunas "políticas" que apreciaremos muy fácilmente a la luz de las observaciones que acabamos de hacer.

## II

1<sup>o</sup> *Teoría y Política de carácter permanente.*—El razonamiento es el siguiente: existe una crisis de la sobre-producción (variaciones sobre el tema del maquinismo, de la tecnocracia, enumeración de los pares de zapatos y de cepillos fabricados anualmente); pues bien, si la demanda es insuficiente, no es porque todos los deseos humanos han sido satisfechos (tesis de la miseria dentro de la abundancia), es porque los individuos no tienen suficiente moneda para adquirir (tema de la tiranía del oro); por tanto, para poner un término a la crisis, los poderes públicos solo pueden distribuir el "poder adquisitivo". Se dice que el poder de compra es, en la práctica, la moneda. Este reparto se hace entre las "clases gastadoras", a saber a los funcionarios subalternos, a los obreros, a los empleados, a los desocupados, a los asilados. ¿Por qué no a los pequeños rentistas, que son, hoy día, los que más sufren? Evidentemente, la mística no pierde sus derechos y, ya aparece aquí un primer punto débil de la política.

Es preciso comprender que no se trata de saber si los salarios, los socorros, las indemnizaciones a los desocupados, son insuficientes. La única afirmación es que al aumentar estas categorías de rentas se pone fin a la crisis. Los suplementos de remuneración así distribuidos son exactamente "rentas no ganadas" (unearned increments) y una segunda crítica salta a la vista: esta política es inmoral.

Observemos también que es curioso que no haya sido aplicada desde mucho tiempo, desde la primera crisis, puesto que constituye un remedio agradable: solo hay beneficiados y el Gobierno que la aplica adquiere una gran y

fácil popularidad. En resumen, el gasto se convierte en virtud y el pródigo es rey.

Pero, llega el economista con su definición y sus instrumentos de análisis, y busca el origen y el destino de este poder de compra. Primero, *el origen*: ¿dónde se encuentra? por el impuesto, entonces el Estado toma a unos para darlo a otros; ¿por el empréstito?, entonces los individuos renuncian voluntariamente y temporalmente a comprar para que otros compren. En ambos casos solo hay una transferencia del poder adquisitivo. Queda un tercer procedimiento: el suplemento de moneda se crea de la nada, por inflación, pero en este caso los precios subirán, puesto que, por hipótesis, la producción no se altera, y el conjunto de los consumidores reducirá sus compras: aún solo se tratará de una transferencia. Dicho de otra manera, unos comprarán más, porque otros comprarán menos. Desde el punto de vista de la crisis, nada habrá cambiado.

¿Podrá decirse que se tomará a los que ahorran las sumas que serán distribuidas? se trata de una imposibilidad práctica, puesto que estos son ignorados, y, al eliminarse a los que ahorran de las "clases que gastan", éstas se inquietan y se aumenta, por el contrario, el ahorro que se desearía evitar.

Pasemos ahora al destino del poder de compra. El resultado es peor. En efecto, los beneficiarios utilizan las sumas que han recibido para comprar objetos de consumo al detalle, y ya sabemos que la crisis principia por la baja de los precios de las mercancías que se producen al por mayor, y precisamente los consumidores se quejan porque los precios de detalle no siguen a los precios al por mayor y permanecen muy elevados. La distribución de moneda va a aumentar la demanda y a mantener los precios en el sector de la economía donde no se ha producido la baja; actúa a contra-tiempo. El precio de determinado metal que ha bajado considerablemente no ha vuelto a subir y el de la carne que es excesivo se ha mantenido.

Francia ha conocido una experiencia de esta naturaleza en 1936 y el resultado ha sido deslumbrante. Según las estadísticas del Sr. Dessirier, el poder de compra que era de 94,2, en abril de 1936 (base de 1913) había caído a 87,4, en noviembre de 1937. Por consiguiente, la política de poder de compra, que estaba destinada a aumentar este poder, lo ha reducido finalmente.

Otras tentativas han fracasado igualmente. Una de ellas, dió lugar a una importante experiencia en el Canadá. El Mayor Douglas, a quien elogió Lord Keynes, ha enunciado una fórmula bajo el nombre de teorema A más B. Según él, la moneda está repartida entre dos circuitos: en el primero, sirve a los productores para comprar las materias primas y la maquinaria y sirve al ahorro (circuito A); en el segundo, sirve para comprar los productos de consumo (B). La moneda del circuito A se halla, por consiguiente, desviada del consumo y falta en los mercados. Por consiguiente, los precios bajan y se produce la crisis. El Estado debe colmar esta deficiencia arrojando en el



circuito B una cantidad de moneda igual a la que está en circulación en el circuito A.

Este razonamiento es visiblemente inexacto, puesto que la moneda que sirve a pagar las materias primas, la maquinaria o el ahorro se transforma inmediatamente por los vendedores de estas materias primas o de las maquinarias, así como por las sociedades que reciben estos ahorros, en sueldos, en intereses y se benefician pudiendo adquirir productos de consumo. No existe sino un circuito; el dualismo solo existe en la mente del Mayor Douglas.

Este se dió, desde luego, tan bien cuenta de la debilidad de su tesis que ha creído necesario agregarle otra, más extraña todavía, la de la herencia colectiva cultural. Consiste en el siguiente razonamiento: cada recién nacido es el heredero natural de todos los inventos, de todos los adelantos realizados antes de su nacimiento; hay que materializar esta herencia. Con este fin, el Estado entrega una cantidad, un "poder de compra" a cada uno de ellos. ¡Felices bebés que llegan al mundo en cunas tapizadas con billetes bancarios!

Pero el economista, implacable, pregunta siempre de donde viene y a donde vá el dinero. Fué necesario responder a estas preguntas, cuando el Sr. Aberhart, Primer Ministro de la provincia de Alberta, quiso aplicar el sistema Douglas, puesto que hubo una aplicación del mismo. Al principio, los impuestos tuvieron que ser aumentados y la tasa de los intereses de los títulos de rentas provinciales tuvieron que ser reducidos, lo que dió lugar a ciertas dificultades con los contribuyentes y con el Gobierno Federal. Las sumas distribuidas han servido para adquirir, no el trigo que es la principal producción de la provincia de Alberta, ya que las capacidades de consumo de pan son limitadas, sino objetos fabricados y productos provenientes de otras provincias del Canadá, de donde resultó un desequilibrio de la balanza de la provincia de Alberta. Todo concluyó con una simple política de asistencia.

La teoría fué recogida en los Estados Unidos por el Mayor Townsend (ha seducido especialmente a los Mayores) y por Upton Sinclair, el literato, que ha introducido la novela en la economía.

El ejemplo más pintoresco es el que nos ha sido dado por la plata en el dominio internacional: los Estados Unidos han tenido siempre una doble faz desde el punto de vista monetario: la faz Este mirando hacia la Europa industrial que prefiere el oro; la faz Oeste mirando a la Asia agrícola y que prefiere la plata; las minas de este último metal están situadas en el Middle-West; no representan un valor muy considerable con relación a las otras actividades americanas, pero los Senadores de los Estados donde se encuentran ejercen una influencia política considerable: son los "silvermen" (los hombres de la plata) dirigidos por el activo senador Pittmann. Su objeto ha sido siempre lograr que el Tesoro Americano adquiriera él mismo la plata, para que suba su precio: es el tipo de la política de valorización. Ha fracasado a fines del siglo diecinueve, pero fué reiniciada después de la Conferencia de Londres de 1933, tomándose como argumento la teoría del poder de compra. En esa épo-

ca, como lo fué siempre, el mayor consumidor de plata del mundo era China. Los "plateros" americanos se dirigieron a los Chinos y les dijeron: "ustedes constituyen un pueblo de cuatrocientos millones de habitantes y utilizan la plata para los pagos, vamos a aumentar el valor de la plata, pagándola muy caro, es decir que vamos a aumentar vuestro poder de compra, váis, por lo tanto, a ser muy ricos y muy felices". Los Chinos contestaban a estos pretendidos filántropos: "la plata entre nosotros es la moneda y no un poder de compra, Vuestra teoría es falsa". Los Americanos no escucharon a los Chinos; han adquirido la plata a precios cada vez más altos. Resultado: la moneda china salió de China para ir a los Estados Unidos y las transacciones se dificultaron en China por la falta de moneda. El Gobierno de Nanking prohibió entonces las exportaciones de plata, pero ésta salió a pesar de todo. Protestó ante el Gobierno de los Estados Unidos y se asistió al extraño espectáculo de un pueblo deseoso de hacer a la fuerza y a pesar de su oposición la felicidad de otro. Esta comedia terminó por el abandono definitivo del patrón-plata en China y su reemplazo por el patrón-papel. Es así como la política del poder adquisitivo ha tenido como consecuencia hacer que el último gran país consumidor de plata abandone este metal: lo que constituye un desastre para los partidarios de la plata.

2º *Teoría y política del poder adquisitivo a carácter temporal.*—El partidario de esta política se propone únicamente hacer arrancar a la economía haciéndola despertar, gracias a una inyección de poder adquisitivo. Tal era el fin que se proponía, en 1933, el Presidente Roosevelt. Dos procedimientos fueron empleados por él: primero, el aumento de los sueldos sin aumento correlativo de los precios de venta, gracias al sistema de los códigos y a una política de crédito; luego el aumento de los gastos públicos por medio de la ejecución de grandes obras que tenían por fin proporcionar el poder adquisitivo a los trabajadores. El primer procedimiento es muy complejo y se encontró con dificultades constitucionales; el segundo solo tiene valor si la acción del Estado no reduce la de los particulares. Por ejemplo, cuando el Estado construye inmuebles, en nada aumenta la producción si quita las materias primas, los obreros y la maquinaria a empresas privadas de construcción de fincas, que se ven entonces en la obligación de reducir su propia actividad. En este caso solo hay una sustitución de los empresarios públicos a los particulares.

Esta política de poder adquisitivo se halla viciada en su origen por un error. Cuando el motor de un automóvil funciona mal, se puede hacer que adelante el automóvil haciéndolo remolcar por otro, pero no es por este motivo que arrancará solo. Hay que revisar al motor. La política de poder adquisitivo trata de remolcar sin revisar, es decir sin hacer desaparecer *las causas* del mal. Esto se vió muy bien en América: para financiar su política, el Presidente Roosevelt aumentó considerablemente la deuda pública; luego, cuando pensó que se había iniciado la partida, en 1937, abandonó esa política, pero

inmediatamente se produjo una crisis muy violenta. El Estado había efectivamente gastado y hecho inversiones en lugar de los particulares, pero nada hizo para que éstos lo reemplacen luego. Los capitales volvieron a sus "inactive lodgments". El carro no volvió a partir solo.

3° Existe una política de carácter diferente la que, sin ser llamada de poder adquisitivo, se aproxima a sus políticas. Diremos algo al respecto en razón de su actualidad.

Bien se sabe que en un régimen individualista, el poder adquisitivo de cada uno aumenta normalmente gracias a la reducción progresiva de los precios. Actualmente, el Gobierno Francés desea realizar esta baja, y como nos hallamos dentro de un régimen de economía dirigida, la decreta sin más. Ha resuelto dos reducciones sucesivas del 5% desde el principio del año, una brutal y uniforme, la segunda en forma más aceptable. Tiene evidentemente mérito a actuar de esta manera, puesto que se halla frente a la hostilidad de los sindicatos obreros. Es como un cambio de velocidad efectuado por el conductor de un carro cuando este se aproxima a un precipicio, es decir ante el alza de los sueldos. Se obtuvo la reacción psicológica deseada: los acaparadores se han visto en la necesidad de liquidar y los precios han bajado en los mercados sometidos a las influencias psicológicas, tales como los del oro y de los valores mobiliarios.

Pero, es preciso darse bien cuenta que esta política es muy diferente del mecanismo espontáneo del sistema individualista. En este último caso, la baja de los precios traduce una situación de la oferta y de la demanda; dentro de un sistema de dirección económica, no tiene una significación propia y si deseamos que dure, que no sea únicamente temporal, debemos después crear la situación económica cuyos nuevos precios fijados sean su síntesis. Ya no son la oferta y la demanda las que determinan el precio, es el dirigente, pero una vez fijado el precio por este último, la oferta y la demanda deben ajustarse.

Resumiendo: la doble reducción de precios decretada constituye una feliz disposición táctica, *pero no es una solución*. Es su iniciación solamente. El efecto no será duradero si no encuentra un soporte más allá de los precios en el dominio de los factores determinantes de estos precios, de manera particular gracias a un aumento de la producción.

Concluyo con esta fórmula que tomo del "Grundriss del Geldlehre", de Lansburgh: "De la imposibilidad de crear el poder adquisitivo por medios autoritarios". La teoría del poder adquisitivo se ha convertido en una mística: el "Sésame, ábrete", es agradable a la muchedumbre. Desgraciadamente, no existen fórmulas mágicas en la economía política. El Estado solo puede crear la moneda. *Solamente el trabajo y el ahorro crean el poder adquisitivo.*